

COLECCIÓN
DE
ANÉCDOTAS

TRADICIONES Y LEYENDAS

REUNIDAS Y REDACTADAS

POR

F. M. Ch.



BUENOS AIRES

IMP. CASTEX Y HALLIBURTON, Belgrano, 650

1898



ANÉCDOTAS
CRIOLLAS



ANÉCDOTAS CRIOLLAS

Los mates de Pacheco.

Aquel valiente oficial de caballería que desde San Lorenzo á Maipú blandiera su espada en defensa de la independendia de América, andando el tiempo, había de convertirse en una de las más fuertes columnas de la federación, á las órdenes del Ilustre Restaurador de las leyes; tal fué el general don Angel Pacheco.

Abandonó las armas para dedicarse al comercio, y enriquecido yá, sus convicciones federales le indujeron á servir al tirano.

El hecho es que su valimiento era grande en aquella época de horrores, y su nombre respetado y temido como el del mismo Rosas, en los alrededores de su estancia, conocida por el “Talar de Pacheco”.

Constantemente el ex-guerrero de la patria, viajaba de Buenos Aires á la estancia, y era notada su llegada por el vehículo que lo trasportaba, consistente en un gran carruaje, de los que llamaban vulgarmente *galeras*, pintado todo de rojo, al cual acompañaba una numerosa escolta.

Aquella comitiva de soldados, cubiertas las cabezas con gorros de manga colorados, que sueltos flotaban al viento como penachos, rodeando el carruaje del mismo color, tenía algo de diabólico; y, fuese este aspecto siniestro, fuese el temor de Rosas ó del mismo Pacheco, cierto es que la llegada de aquellas gentes, era el toque de alarma para los vecinos cuyas haciendas solían pasar

sus fronteras é invadir los excelentes campos del Talar.

Era uno de ellos, propietario colindante, don Liborio J....., paisano alto y enjuto de carnes, con aire de bravucón; lujoso en el vestir como pocos, hombre y caballo brillaban con el bruñido metal; su fama de camorrista no era inferior á su lujo, y pocas eran las semanas de su vida en que no aumentara con uno más, el largo catálogo de sus duelos criollos. Una mañana recogía tranquilamente una numerosa manada de yeguas, que pasando el río, se apacentaba en el campo del Talar.

Aquel día la *galera* colorada estaba en la estancia; Pacheco había llegado la noche anterior, y dotado de las cualidades del militar y del hombre de campo, su ojo avisor poco tardó en descubrir al gaucho. Hízolo llamar.

Llegó don Liborio entre sorprendido y ufano, pero al ser recibido

amablemente por Pacheco, arrojó lejos de sí temores y dudas; creció su vanidad, cuando éste le invitó á sentarse, entrando en franca y amigable conversación.

— ¿Qué anda haciendo por el campo? preguntó el general.

— Recogiendo las yeguas, pues, señor.

— ¡ Ah! ¿ Y son tuyas todas esas yeguas?

— Ansina es, señor.

— ¿ Y se entran siempre al campo?

— Sí señor, yo las echo al bañado, pero los animales son diablos, y como aquí está tan bueno el campo...

— ¿ Gusta un mate?, interrumpió Pacheco.

— No, señor, gracias.

— Sí, hombre, sí, va á tomar un mate ¿ cómo le gusta, dulce ó amargo?

— Amargo, señor.

Y salió Pacheco, y en tanto don

Liborio se estiraba satisfecho en la silla, creyendo que sólo la fama de sus hazañas pendencieras de pulpería le habían merecido esta extraordinaria distinción; y ya pensaba contar por todas partes como le había tratado el general, y acaso con medias palabras hacer entender como en toda esta cortesanía hubo algo de temor de parte del gran señor para con el gaucho peleador, cuando, entrando varios soldados, le sujetan; le atan y le dan.... cincuenta azotes.

Eran los mates de Pacheco; y por cierto que eran amargos.

—

En los partidos del Oeste de la provincia de Buenos Aires, es frecuente oír contestar al ofrecimiento de un mate. *siempre que no sea de los que daba Pacheco*, lo que demuestra cuán popular es esta tradición.

—

Pulperos y Cuatros

Es tradicional la mala reputación de los señores *pulperos* de las campañas argentinas, por más que entre ellos existan personas de honorabilidad intachable.

Lo cierto es que la mayoría no se paran en pelillos cuando de ganar dinero se trata y que, sus razones tuvo el espiritual poeta don Estanislao Del Campo, cuando en su "Gobierno Gaucho", dijo:

*Mando, hoy que soy Sueselencia
Que el que quicra ser pulpero,
Se ha de confesar primero
Para que tenga conciencia.*

El distinguido coronel Don Alvaro Barros en su obra "Fronteras y Territorios Nacionales" refiere una anédocta que justifica las aprensiones del gaucho contra el comerciante rural, y que merece reproducirse, pues si bien las épocas han cambiado, hoy como entonces existen *pulperos* y *cuatrerros*.

Allá por los años de 1855 ó 56 existía en el Azul un honrado comerciante que gozaba de crédito y de honores, ya que se hallaba ligado por vínculos estrechos á las autoridades del partido.

Un día llegó al mostrador del almacén un buen paisano en busca de los vicios.

La pulpería es el todo en la vida social de la campaña: teatro, club, bolsa, etc; por eso el pulpero todo lo sabe. Así nuestro comerciante sabía que su cliente andaba sin trabajo desde algún tiempo, y como la necesidad obliga, no tuvo reparos en

proponerle carneara animales vacunos, agenos, ofreciéndole pagarle veinte pesos por cuero.

Como hombre precavido no consideró conveniente hablar muy claro, limitándose á decir: hombre ya que andas sin trabajo puedes ocuparte de cuerear de noche, echas despues los cueros por el tapial, enseguida avisas, se cuentan y te los pago.

Esa misma noche el paisano entregó algunos cueros, repitiéndose la operación las noches sucesivas. Como era en la estación de invierno los cueros tardaban en secarse, pero hé aquí que un día sopla el *pampero* y los cueros se secan rápidamente causando no poco asombro al capataz del *pulpero* el reconoccr en todos ellos la marca de su patrón. Avisa á éste, se ponen á revisar y resultan todos de su propiedad. El paisano le había estado carneando sus propias vacas.

Fácil es explicarse el furor del honrado comerciante.

A la noche llegó el paisano con su acostumbrada carga y un rato después pasó por el despacho en busca del importe de su labor, y, aquí fué troya. El comerciante enfurecido llamábale pillo, canalla, etc, y el taimado gaucho mostrábase sorprendido de tan mal recibimiento.

— Pero, patrón, yo vengo á cobrarle y no encuentro la razón de su enojo.

— ¿ Con que no encuentras la razón y ¿ qué animales has estado carneando, sino los de mi marca?

— Esta sí que es buena! ¿ y cuáles había yo de carnear sino los suyos? Si me mandó Vd. que carneara de noche, yo creí que era por no alborotar la hacienda; pero ahora ya caigo que Vd. quería que carneara ageno, que robara. Lo hubiera Vd. dicho y como no soy ladrón no habría aceptado. Págueme, pues, y otra vez hable claro.

Y no hubo otro remedio para comprar el silencio del paisano que pagar, aún por el daño que le había hecho.

Mentis diplomática.

Allá por los años de 1857 no eran del todo amigables las relaciones que mantenía el Paraguay con el imperio del Brasil.

El señor don José María Amaral, representante del imperio ante aquella República, sostenía algunas reclamaciones que dieron motivo á cambios de notas y á repetidas conferencias.

En la última de éstas, pues el resultado fué el retiro del ministro, ocurrió el suceso que pasamos á referir.

La escena tenía lugar en el palacio de gobierno, interviniendo el señor Presidente, Mariscal don Francisco Solano López y sus ministros.

Como el señor consejero Amaral expusiera con toda la cortesía posible las quejas del gobierno que representaba, contra las autoridades paraguayas, y como justificativo de sus palabras, concretara hechos, el señor Presidente á quien no sentaron bien las observaciones, díjole muy desgarbadamente: miente Vd.!

El ministro se detuvo un momento ante tan brusca acometida, pero diplomático ante todo, tragó saliva, y continuó con tono tranquilo y medurado la exposición de sus quejas.

Alentado el déspota por la actitud pasiva del brasilero, intercaló tres mentis más durante el relato del señor Amaral.

Pero éste, como si la cosa no fuese con él, continuó impassible con la palabra, hasta que dijo todo cuanto

ieseaba, esperando flemáticamente a respuesta del señor Presidente ó a de sus ministros.

López tomó la palabra, pero no tardó en ser interrumpido por un expresivo y cortés *miente S. E.*, que, acompañado de una profunda reverencia, lanzó el representante del Brasil.

Al segundo mentís, López perdió la calma, exclamando con ira: ¿Cómo se entiende?, desmentirme á mí! esta es una injuria que no toleraré!.

No tal dijo el socarrón del brasilero, me límito á usar una fórmula de la diplomacia paraguaya; continúe S. E..

Pero S. E. no continuó, ni el ministro tampoco, pues acto continuo se embarcó con rumbo á Río Janeiro, quedando interrumpidas las relaciones entre ambos países.

La sordera de doña Agustina.

La sordera ha sido en muchos casos, recurso de oradores en aprietos y se cuenta del gran estadista don Domingo Faustino Sarmiento, que acudía á ella cuando no encontraba pronto la réplica oportuna.

El doctor don J. M. Ramos Mejía, en busca de antecedentes hereditarios que esplicaran la neürosis que atribuye á Rozas, nos presenta esta misma falta de sentido acústico como recurso astuto de una dama para atraer á sus alcances, á un insolente digno de castigo.

Doña Agustina López Osornio, progenitora femenina del tirano, era según las crónicas, una señora de carácter soberbio, dominada frecuentemente por accesos de ira.

Es el caso, que un día, mientras iba de paseo, le ocurrió comprar algunos objetos de tienda; penetró á una casa del ramo, escogió y apartó los artículos que necesitaba, ajustó el precio, y para no andar de un lado á otro con aquellos estorbos, ofreció al mercader que á su regreso los llevaría. Éste aceptó.

Algunas horas después penetraba nuevamente en la tienda la señora doña Agustina y con sorpresa y disgusto oía de los labios del comerciante la confesión de que los artículos elegidos por ella habían sido vendidos á otra persona.

Como Vd. no volvía,.... agregó el tendero á título de satisfacción.

Las últimas palabras concluyeron con la poca calma que restaba á la compradora.

Ella, la hija del opulento hacendado y bravo militar don Clemente López de Osornio, de aquel jefe respectable que brilló durante el gobierno de Bucarelli y murió á manos de los indios en 1783; ella, la esposa del también esclarecido militar don León Ortiz de Rozas, largo tiempo cautivo de los indios, ver así menospreciada su palabra por un patán!

Toda aquella ilustre sangre española de su familia, congestionaba su rostro.

Pero el comerciante desconfiado hasta la insolencia, estaba fuera de su alcance y acudió entonces á una estratagemá.

¿Qué es lo que dice? exclamó; acérquese Vd., porque soy un poco sorda y al mismo tiempo ponía su mano sobre la oreja.

Mas apenas el otro se acercó para repetirle la explicación, cuando un soberbio bofetón le hizo volver la

cara hácia los estantes del almacén.

¡Vaya una sordera la de doña Agustina!

Después de este violento desahogo, la señora de Rozas, regresó á su casa de la calle Defensa, frente al paredón de la iglesia de San Francisco, en donde, sin duda, fueron víctimas de su mal humor, las numerosas criadas que la servían.

Las consultas del Doctor.

Un humilde paisano tucumano vió un día destrozado por un grupo de animales de un vecino, un pequeño plantío de maíz que cultivaba, próximo á su rancho.

Deseoso de reparar el perjuicio que sufría acudió al Doctor don P... G... abogado de reputación, ex-gobernador de la provincia, y que á todos estos títulos reunía para el caso, otro mayor, como se verá más adelante.

Explicado el suceso, preguntó el

Doctor á su cliente á cuánto ascendería el maíz que habría producido el plantío, á no ser destruido. Contestó éste que, á cuatro ó cinco fanegas.

Bien, dijo entonces el Doctor, puedes cobrar ciento ochenta pesos.

Como al paisano le pareciera excesivo el precio que se atribuía al maíz, observó al Doctor, acentuando la pregunta: ¿Entonces, puedo cobrar ciento ochenta pesos?

— Sí, hombre, sí.

— Pues vea Doctor, yo creí que sería menos, pero *dende* que Vd. lo dice *ansina* será; haga pues el favor de pagármelos, mi Doctor, porque los animales son suyos.

El Doctor G... se quedó un instante suspenso, pues el hecho era que él mismo se había dictado la sentencia y no era justo ni decente rehuírla.

Pero, como dice el refrán, á un pícaro ótro mayor, nuestro Doctor

comprendió recién cuan socarronamente había procedido su cliente y quiso demostrarle que, si él era hábil, su abogado no se quedaba atrás.

Bien le dijo, te los abonaré, pero te advierto que la consulta vale doscientos cincuenta pesos; así pues, aún me adeudas setenta...

Haricos Unitarias.

La Santa Federación estaba en todo su apogeo; el amago al poder del tirano y á su vida llevado por los malogrados autores de la conjuración Maza, había hecho recrudecer el entusiasmo de todos los buenos federales.

Ya no sólo se exigía el uso de la divisa, sinó sus grandes proporciones, porque aquella defección de muchos amigos mezclados entre los conjurados había introducido la desconfianza entre los fieles.

No bastaba declararse federal de notoriedad, tal como se estilaba en los documentos públicos y privados, sin escapar á esta regla las escrituras de compra-venta.

Era preciso lanzar furiosos anatemas contra los enemigos de la causa americana, como con singular ingenio la denominó Rozas.

“Es preciso desengañarse, señores, que es llegado el caso de salir con palo y puñal por las calles y á todo el que se conozca por enemigo de nuestro Ilustre Restaurador de las leyes, matarlo á palos y puñaladas,” ahullaba el teniente coronel don Martín Santa Coloma, en un brindis famoso, en las fiestas no menos célebres que se hicieron en desagravio del Héroe del desierto.

“Brindo, señores, por que los verdaderos federales formemos una masa, llevando en las manos cuchillos, puñales y lanzas para perros unitarios, asquerosos, franceses y paste-

leros que bien conocemos,” rugía el teniente coronel Manuel Maestre.

En aquel concierto de alabanzas y vítores al ilustre en que el más discreto gritaba con furia: “¡muera el pardejón Rivera! ó ¡el asesino, *por mi orden*, Lavalle!, no hubo una voz que discrepara en todo Buenos Aires.

“Al lado de las turbas desenfrenadas que seguían á la mazorca, estaba esa otra parte de la población hundida en este estupor extremo.”

“Subyugada por el régimen enervante de Rozas, y dominada por el miedo y la desconfianza había perdido sus hábitos varoniles y debilitado todas sus fuerzas: una decadencia intelectual extremada, vino á agravar este estado de embotamiento en que se encontró en presencia de las homicidas hordas de la mazorca”.

Estas y las siguientes palabras del doctor Ramos Mejía, explican perfectamente el estado mental de

la sociedad de Buenos Aires en aquella época, y presentan con viva luz la razón de los sucesos, de los que es difícil darse cuenta exacta sin estos antecedentes.

Agrega, pues, el distinguido médico é ilustrado escritor: “ Así como los excesos de la mazorca y del pueblo que la acompañaba tenían todo el tinte sombrío de una monomanía homicida furiosa.”

“Esto se veía en una parte de la población, mientras que en la ótra persistió por mucho tiempo un estado de depresión moral neuropático y epidémico también”.

Entre tantas extravagantes demostraciones de adhesión que aquellos neuróticos inventaron, figura el bigote federal, considerado como símbolo natural de su amor á la causa; á la barba, que forma una curva prolongada, le encontraron analogía con la inicial U y la llamaron unitaria.

Todo se hallaba pues subyugado á la voluntad del tirano y los más valientes temblaban entre las paredes de sus casas, temerosos, cuando no de la muerte, de los vejámenes horribles á que sometían á sus víctimas, los sicarios del déspota.

En medio de este anonadamiento general, dominado el físico por la anorexia más completa y el espíritu presa de la laxitud, no hubo persona suficientemente osada para oponerse á las disposiciones tiránicas de Rozas y sus seides.

Lo que los hombres no fueron capaces de realizar, lo efectuó el órgano nasal del más ferviente federal, porque nadie puede poner en duda la fidelidad á la causa de don Francisco Crespo, capitán del puerto de la ciudad de la Santísima Trinidad de Buenos Aires, por los años de 1839.

Es el caso, que las narices de este caballero protestaban contra el uso

del bigote federal. Inútiles fueron los ungüentos y pomadas, y el pobre señor Crespo, se vió obligado á participar al Exmo. Señor *el gran sentimiento que tiene por no poder usar el bigote, por los inconvenientes de fogaje que me acontece en las ternillas de la nariz.*

Válerosas narices por cierto que así se exponían á las iras del Ilustre Restaurador de las Leyes.

Imperdonable fué la conducta que con ellas adoptó su indigno poseedor pues, sin consideración alguna, decía en el documento de que sacamos estos datos: *Por lo que se dignara resolver lo que sea de su superior agrado.*

Miserable! exponer así á aquel gracioso apéndice á las iras del tirano.

Rozas fué generoso y no las mandó *degollar*, aunque no falta quien asegura que fué por imposibilidad absoluta de hacerlo, pues siendo muy ñatas no halló por donde cogerlas.

Aquellas narices adquirieron con justo título el renombre de unitarias, motivando acaso más de una chanza, que afligiría grandemente á su poseedor.

Los que no leen.

Es legendaria la mordacidad de lenguaje del doctor Vélez Sársfield, el sabio autor del Código Civil, y son populares muchos de sus ex-abruptos, que dejaban frío al más impasible de sus interlocutores.

Un día recibió la visita del doctor C., otro vejestorio como él, de su misma profesión, pero de pocos alcances, y muy poco aficionado al estudio

Al observarlo con un libro entre las manos, le dijo el visitante:

—Usted, doctor Vélez, siempre estudiando, siempre con los libros.

—Que quiere mi amigo; en esta ciencia del derecho existen siempre novedades, y para no quedar rezagado, es preciso andar continuamente con los libros en la manos.

—Nó, hombre!, son pamplinas; treinta años hace que no abro un libro, y no por eso sé menos que cuando me recibí.

El doctor Vélez, lleno de asombro y sin poder contenerse, exclamó:

—Pues doctor C..., si es verdad que hace treinta años que no abre usted un libro, valiente bruto estará usted!

El clarín de Brandzen.

Chasco se llevan los que al leer el título de este artículo se imaginan que vamos á referir algún interesante episodio de la vida de aquel valiente soldado francés, que inmortalizó su nombre en Ituzaingó, pereciendo víctima del deber, entre las innumerables bayonetas brasileras.

Nuestro asunto no pertenece á los tiempos heróicos de la independendencia argentina ó de la guerra con el poderoso imperio brasilerero; se trata de un suceso contemporáneo, ocurrido

en la provincia de Buenos Aires, en los postrimeros días del gobierno del doctor Julio A. Costa.

Los bonearenses sentían en sus oídos el retumbar de los cañones del *Parque*, y satisfechos á medias con la presidencia del Dr. Saens Peña, que había dejado el mando de las provincias argentinas á los gobernadores del antiguo régimen, aprovecharon el ministerio del malogrado Dr. del Valle, para sacudir la ignominiosa carga que sobre ellos pesaba, con las personas de sus satélites.

Los radicales concibieron la obra, pero sabedores los mitristas de sus intenciones, y deseosos de adquirir iguales laureles, se lanzaron simultáneamente con ellos á la revolución.

Ocurrió entonces que mientras en una población estallaba el movimiento por la iniciativa de los radicales, en otra lo realizaban los mitristas.

Los pacíficos habitantes de la campaña, alejados de la política ac-

tiva, se encontraron así en una situación de perplejidad hartamente embarazosa.

Solo sabían quien era el enemigo: el gobierno de Costa, que tantos abusos había amparado, devastando la más rica provincia argentina, pero ignoraban á ciencia cierta, quien era el combatiente, que atrevidamente se lanzaba á la lucha.

El caso no era para menos, pues pueblo hubo, en donde al amanecer el 30 de Julio de 1893, imperaban las autoridades constituidas, y una hora después, un grupo de mitristas las derrocaba para sustituirlas con autoridades revolucionarias, para concluir en la tarde por dejar el campo en manos de la fracción radical.

Se representaba una sangrienta comedia; en la que se derrocaban y se entronizaban autoridades, como aparecen y desaparecen personajes en la escena de un teatro, por escotillón.

La pequeña población de Brandzen, fué teatro de una escena cómica que es la que vamos á referir.

En las primeras horas de la mañana, un grupo de ciudadanos afiliados á uno de los partidos políticos declarados en rebelión, derrocó allí á las autoridades *Costistas*, y se apoderó del pueblo sin derramamiento de sangre, y sin correr más peligros que las congestiones que el miedo produce.

El triunfo fué completo y le sucedió la más completa calma.

Todo estaba tranquilo; solo las figuras de dos hombres de campo, armados de fusiles, que se paseaban por el andén de la estación, daban carácter bélico á la situación.

Pero, el gobernador de la provincia no podía mirar con indiferencia la posesión de esa población, situada á pocos kilómetros de La Plata, y empalme del ferro-carril del Sud con el que á esa ciudad lo liga.

Se mandaron en consecuencia algunas fuerzas al mando de un bravo militar, que convencido de la poca importancia del movimiento en aquel punto, se aproximó al pueblo sin muchas precauciones.

Desembarcada la tropa á pocas cuadras de la estación, el valiente comandante, se adelantó, seguido de su ayudante, hasta ese sitio. Allí encontró á los dos ciudadanos que armados de fusil, hacían su ridícula guardia, paseándose magestuosamente de un extremo al otro del andén.

Una sola miraba, bastó el experto soldado, para apreciar la importancia militar de esa guardia, y dirigiéndose resueltamente á uno de ellos le preguntó con tono imperioso:

—¿Adonde está el jefe de la estación?

Obtenida una respuesta satisfactoria, dada en el tono de la más perfecta sumisión, se dirigió al interior

de la casa, sin cuidarse para nada de los guardias.

Pasado el primer momento de estupor,, el más *valiente* de los dos centinelas, le dijo á su compañero : — Parece que éste es contrario.

— Asi creo yo también, dijo el otro.

Y, diciendo y haciendo, dejaron comodamente recostados sus fusiles, en el banco de la estación, sin duda para que no les estorbaran en la marcha, y piernas para que os quiero.

Pasaron algunos minutos, y en tanto que el jefe *gubernista* se reunía á su gente, ordenándole avanzara sobre la población, los revolucionarios en medio de la mayor confusión, se agrupan en la azotea de la casa municipal, y empiezan un fuego desordenado, sobre los árboles, los rieles, los campos y hasta sobre sus mismas sombras.

Inútiles eran los esfuerzos de algu-

nos caballeros pundonorosos, empeñados en organizar aquel grupo de medrosos.

La situación era angustiosa y el caso perdido para los revolucionarios pues el jefe enemigo seguía avanzando decididamente.

En esto, se oyen toques de clarín, vibrantes y sonoros, que sorprenden al jefe *gubernista*.

Cómo! dice para si este bravo militar, ahora aparecen fuerzas regulares que obedecen al toque del clarín.

Detiene la marcha, y en la imposibilidad de hacer observaciones por la oscuridad de la noche, resuelve prudentemente retroceder y pedir refuerzos al superior gobierno.

Quedan así, nuevamente en tranquila y pacífica posesión del campo los rebeldes, que no saben á que atribuir el excelente resultado de sus desatinadas descargas.

Esperan ansiosos la luz del día,

para contemplar el campo de batalla y á las víctimas de su coraje, cuyos lamentos no alcanzan á oír.

Acaso están muertos todos, exclama un valiente.

Llega por fin el día, y nada, no se vé un alma; ni heridos, ni muertos, ni tropas enemigas.

¿Que había sucedido?

Entre los peones del ferro - carril, existía un español, ex-clarín de los carlistas, que en virtud de algunas libaciones, había recordado sus buenos tiempos de soldado, y en medio de la noche entre el estruendo de las balas, se había lanzado á la calle armado de su clarín.

Él era quien había sorprendido con sus toques regulares al gefe gubernista, y quien había salvado de caer prisionero á aquel grupo desorganizado de revolucionarios.

Estos, comprendieron que si habían salvado de una, no escaparían de otra, y buscando la incorporación

á fuerzas mayores, se pusieron en marcha hacia San Vicente.

Cuando regresó el jefe *gubernista* con los refuerzos pedidos, el pueblo estaba completamente tranquilo, abandonado á su suerte, y el corneta español dormía la *mona*, acompañado solamente por sus estrepitosos ronquidos.

Ni por las tapas.

El menos popular, entre los hombres de talento esclarecido, hijos de la República Argentina, ha sido sin duda alguna don Juan Bautista Alberdi.

La independencia absoluta de su carácter, la franqueza, la virilidad y la vivacidad natural en la manifestación de sus opiniones, le pusieron frecuentemente en oposición á sus propios compañeros de causa.

Sarmiento, Mitre, Tejedor, Frías, enemigos como él de la tiranía, fue-

ron sin embargo en muchas ocasiones decididos adversarios de Alberdi.

Los dos primeros, principalmente Sarmiento, más de una vez le llevaron ataques, que degeneraron en personales.

La escasez de medios pecuniarios aumentó la cantidad de fuerzas que necesitó desplegar en la lucha por la vida.

“ Sus mejores intenciones han sido mal interpretadas, sus propósitos más desinteresados han sido atribuidos á móviles mezquinos ”, dice el Doctor Martín Garcia Merou, que ha consagrado un detenido estudio á esa personalidad.

Nacido en Tucumán, hizo sus estudios en Buenos Aires, con ayuda de la familia del señor Miguel Cané, que le acogió generosamente, pero no recibió el título de doctor por no someterse á las fórmulas que la Federación exigía y que consideró deprimientes.

Abogado en Montevideo y en Chile, periodista, polemista y pensador en todas partes, diplomático, sólo consiguió un bienestar relativo; suscitó grandes enemistades y controversias, y consiguió mayor estimación entre los pensadores extranjeros que entre sus propios connacionales.

La falta de popularidad la explica una sola de sus frases.

“ A los pueblos como á los hombres, decía, no se educa por medio de la lisonja, sino por la verdad dicha con más nobleza cuanto más dura, oída con más dolor cuanto más merecida.”

Se refiere á sus primeros ensayos en el estudio del Derecho, la anécdota que pasamos á referir.

La obra publicada por Alberdi era una novedad que chocaba abiertamente con el espíritu rutinario de la época.

Entonces no se comprendía que

se escribiera sobre dicha ciencia, sin acumular leyes, textos y comentarios y á aquellos que realmente eran capaces de apreciar el mérito del ensayo, *faltábales autoridad para hacerse oír ó corazón para presenciar el triunfo de un contemporáneo, tal vez de un rival*, según las palabras del Doctor Nicolás Avellaneda, de quien tomamos esta anécdota. (1)

El caso es que el doctor Alberdi se encontró sin un solo juicio sobre su trabajo; ni una palabra de aliento, ni un aplauso, ni siquiera una crítica; solo risas ó murmuraciones.

Pero existía ya la autoridad del doctor Vélez Sarsfield y á él acudió el novel legista, enviándole su libro.

Algunos días después, Alberdi visitaba al Doctor Vélez, pero inútilmente; todos los temas se tocaron

(1)—El Pavor de Don Juan Sala.

en el curso de la conversación, pero del libro ni una palabra.

Por fin, el joven autor se decidió á partir, sin saber si el sabio jurisconsulto había ó no leído su libro.

Alberdi citaba con frecuencia en su obra á Cuyas ó Cuyaccio como siempre le llamaba el doctor Vélez, tomando sus citas de otros autores en donde las encontrara abundantes.

Al retirarse ya, el doctor Vélez lo condujo con disimulo hacia un punto de su gran biblioteca y cogiendo un grueso volumen le dijo:

Alberdi, este es Cuyaccio, y se lo muestro para que no se sepa que Vd. lo cita sin conocerlo siquiera por el tamaño.

La víctima de esta sarcástica observación de Vélez, escribió tiempo después una crítica del Proyecto de Código Civil de éste.

Esta anécdota es como el símbolo de la vida del doctor Alberdi; pocas veces encontró en su camino otra

cosa que el sarcasmo, la crítica acerba, y la injuria.

Las nuevas generaciones han empezado ya la tarea justiciera de la reparación.

Las vidalitas de Lamadrid.

Entre las numerosas figuras nacionales, que surgieron á favor del gran escenario de la guerra por la independencia y la prolongada lucha civil que le siguió, es acaso la más curiosa la de don Gregorio Araoz de LaMadrid.

Soldado de una valentía imponderable, sus éxitos guerreros fueron muy limitados, pues ordinariamente no contaba ni el número de sus enemigos, ni la fuerza de sus posiciones.

Sus cálculos militares no iban re-

gularmente más allá del campo inmediato de la acción, y de ahí la poca solidez de sus planes ordinarios de combate y las continuas derrotas que sufrió.

El valor de que hacía gala y la circunstancia de ser siempre el último en abandonar el sitio del peligro, convertían esos mismos fracasos, en aumento de su fama.

Valiente y petulante, dos cualidades que rara vez se reúnen en una misma individualidad, atacaba con brío singular, y cuando huía acosado por la superioridad numérica, no lo hacía sin apostrofar de cobardes y viles á los que le precedían en la fuga.

En todas las circunstancias se encontraba siempre dispuesto á atacar, á sablear al enemigo que se hallara al frente, sin tener en cuenta para nada las probalidades de buen resultado.

Esta peculiaridad de su carácter

atrajo sobre su cabeza la enemistad de algunos de sus compañeros.

Lavalle decía en cierta ocasión que nada era tan peligroso como estos generales sableadores.

Gustaba mucho de las frases hirientes cuando se dirigía á sus enemigos y de los epítetos sonoros cuando proclamaba á sus soldados.

Apesar de su charla y de sus observaciones que frecuentemente tomaban un aspecto sedicioso era subordinado y hasta humilde, como lo prueba su acatamiento constante á las resoluciones de los generales Paz y Lavalle cuando los azares de la lucha los pusieron en su contacto.

La leyenda nos lo presenta bajo una faz más original aún.

En medio de los combates, entre el estruendo de las balas, mientras á su lado caían heridos ó muertos, comía dulces con placer y los ofrecía amablemente á un oficial que le transmitía órdenes superiores.

En los momentos más aciagos de su vida, cuando la fatiga y el hambre anonadaban el espíritu de sus subalternos, reunía dos ó más cantores criollos, para que improvisaran vidalitas y yaravies.

Su especialidad eran las vidalitas, de las que era gran *amateur*, componiéndolas él mismo con frecuencia.

Las luchas civiles lo arrojaron fuera de la patria, pero su compadre don Juan Manuel Rozas le volvió el rango, sueldo y honores que á su grado de general correspondían.

El ex-unitario, famoso guerrero, y en aquellos momentos humilde panadero, recibió el favor con tanta mayor razón, cuanto que el oficio no le permitía cubrir sino con dificultad las necesidades de su familia.

Rozas le confía algún tiempo después una misión delicada y de importancia: apoderarse del armamento existente en Tucumán, en donde

había sido derrocado el gobierno de Heredia, que respondía al Dictador.

La Madrid, por sus vinculaciones en aquella provincia era el más apto para el desempeño feliz de una comisión semejante.

Sale de Buenos Aires, con una pequeña escolta, convertido en un federal entusiasta, que en viaje compone vidalitas federales, como esta:

Perros unitarios, nada han respetado.

A inmundos franceses ellos se han aliado.

Pero todos sus amigos de Tucumán son unitarios é inutilmente. La Madrid acude á toda su dialéctica para convencerlos de que es imposible combatir á Rozas, que es demasiado grande su poder para destruirlo con tan débiles elementos.

Un negro, su ex-soldado, que tiene por él adoración, rechaza también sus ofertas en sentido federal, con lágrimas en los ojos; *ese negro aca-*

bó de partirme el corazón, tan desgarrado ya, decía La Madrid á su secretario y amigo señor Benjamín Villafañe.

Aquel impresionable, olvida sus compromisos presentes, á Rozas y la situación infortunada á que lo ha arrancado, y se lanza á la revolución.

Una serie de desdichas le suceden después de tan poco meditada resolución; la guerra que llevan al tirano es una lucha de aventuras en las que les toca siempre la peor parte; su mismo campo de acción limitado, en que no pueden obtener recursos de fuera, debiendo vivir sólo á expensas de los territorios que pisan, los obligan á desvastar hoy el territorio que volverán á recorrer mañana.

Un día marchan á pie, La Madrid y su secretario Villafañe al frente de los soldados, sufriendo el hambre y la sed, anonadados por el cansancio.

El general marcha cabizbajo y taciturno.

Los soldados febricientes por el hambre y la sed, evocan las imágenes de las comidas más de su agrado: carne con cuero, mazamorra, arroz con leche, matambre adobado, exclaman á intervalos, mientras continúan pesadamente su fúnebre marcha.

Villafañe, deseoso acaso de alejar de su mente las tristes impresiones del momento, sé acerca más á La Madrid, y le dice:

— General ¿ dónde estaba Vd. cuando la batalla de Ayacucho ?

El viejo soldado piensa durante algunos instantes y contesta después gravemente :

Déjeme ahora, estoy componiendo una vidalita.

He ahí el hombre, viejo ya y en medio de aquellas penurias, su espíritu á la vez fuerte y ligero distraía sus impresiones dolorosas, componiendo vidalitas.

Villafañe, que en sus Reminiscencias históricas, ha referido este hecho y otros muchos, pensó aquel día que el general La Madrid se había enloquecido.

— — —

Los sermones del P. Brochero.

Entre las agrestes sierras cordobesas, vive un clérigo argentino, cuya influencia se ha extendido por todo el oeste de esa provincia, y aun por las serranías del sud de la Rioja y del norte de San Luis. Es el P. José Gabriel Brochero, de exterior tan áspero como la naturaleza que le rodea y de alma tan buena que ha merecido de un escritor, por cierto muy poco amigo de los frailes, los más hermosos conceptos.

El doctor Ramón J. Cárcano, en

su obra “ Perfiles contemporáneos ” dice, refiriéndose al digno cura del departamento de San Alberto: “. . . .moralizar con su palabra y con su ejemplo un extenso departamento, levantar templos y construir colegios, abrir caminos y canalizar ríos, desarmar bandidos y socorrer desgraciados, y crear en fin en cada corazón un eterno amor para su nombre, sin más armas y recursos que su fé, su perseverancia incansable, sus sentimientos para el bien, sus odios al atrazo y sus aspiraciones al progreso ”.

Y no es cuento, todo lo que el escritor cordobés dice con respecto á su paisano el cura, y mucho más, son hechos que conocen cuantos han recorrido alguna vez aquellos parajes.

Obras verdaderamente colosales ha llevado á cabo el cura Brochero.

Dotado del vigor físico necesario para la lucha del trabajo, y de

mansedumbre de espíritu, verdaderamente evangélica, para atraer á su rebaño, á los más hirsutos habitantes de las breñas, nada le detiene en su obra fecunda de propaganda cristiana.

Se cuentan numerosos casos de bandidos reducidos por él á una vida de honrada labor, ebrios consuetudinarios convertidos en modelos de templanza.

Su obra es de todos los instantes; ni su cerebro, ni su cuerpo descansan; de día y de noche recorre solo ó acompañado los más solitarios parajes, en busca del desvalido ó del feligrés que enfermo requiere sus auxilios sacerdotales.

En cierta ocasión preséntase solo en el aduar de un bandido, invitándolo á concurrir al ejercicio de ciertas prácticas religiosas; aquél se enfurece, lo insulta y amenaza, creyendo que se trata de prepararle una celada para entregarlo á las autoridades;

pero Brochero, no se intimida, y sacando una imagen del crucificado, le dice tranquilamente: yo no soy, amigo, el que viene á convidarlo, es éste. ¿A que no lo insulta?

En el alma oscurecida del malvado aparece un rayo de luz, ante la sencillez sublime del sacerdote; lo escucha, se deja convencer, y abandona por fin la vida accidentada del malhechor, para convertirse en honrado pastor.

Otro caso típico de su sistema de persuasión nos lo ofrece con un furioso disopmano.

Inútiles habían sido todas las amonestaciones para detener á aquel hombre que dominado por la pasión del alcohol, llevaba á la ruina á su familia. Brochero como buen cordobés es muy aficionado á los dulces; un día propone un trato al disopmano. Vd. se va comprometer á no beber ni un traguito de licor en dos años y yo no voy á comer ni

un chiquito de dulce. El paisano vacila, pero pensando que el cura no podrá resistir á la tentación de los ricos dulces cordobeses, concluye por aceptar. El amor propio hace lo demás, el cura no come dulces y el paisano no bebe. Cuando el plazo ha expirado, se encuentra ya curado de su pasión, y su familia salvada.

" Ha inventado, dice el mismo doctor Cárcano, un genero de oratoria sagrada la más original que puede imaginarse, pero perfectamente discreta y eficaz en un cura de distritos rurales que pura hacerse comprender se amolda al carácter, á la indole y á la capacidad de la gente que le escucha "

Para dar una idea de lo que Brochero llama sus *pláticas* vamos á reproducir algunas, que perderán seguramente bajo nuestra pluma la extraordinaria sencillez que les imprime este verdadero modelo de *cura de campaña*.

Es preciso advertir que el traje del P. Brochero, mezcla extravagante del talar y del campesino, está muy de acuerdo con el texto de sus sermones, y contribuye á darles carácter.

El Padre Infante, sacerdote de la compañía de Jesús, es como todos sus hermanos en religión, muy medido y circunspecto en todas sus acciones.

En cierta ocasión le enviaron en auxilio del P. Brochero, con motivo de una gran misión que daba éste.

Llegó la hora de la plática y el padre Infante suplicó lo presentara al auditorio.

Subió entonces el P. Brochero al púlpito y dijo.

—Os he traído un predicador macanudo, es chiquito pero picudo; lo vais á oír. En seguida vociferando

y gesticulando como un loco se dirigía por señas hacia la sacristia, en donde se hallaba el padre Infante, diciendo: venga Padre, suba Padre!

Fácil es imaginarse la sorpresa del jesuita, que aunque ya prevenido contra las extravagancias de Brochero, no pensó jamás que llegasen á tal punto.

En fin venciéndose á sí mismo, con el semblante encarnado y ademanes torpes, se dirigió al púlpito en donde pronunció su plática.

No bien concluyó subió Brochero nuevamente al púlpito, para decir á sus oyentes;—¿Lo habéis visto? ¿qué os había dicho yo? es chiquito pero picudo!

—

En cierta ocasión, la estadística pecadora de la feligresía del P. Brochero, acusaba con cifras alarmantes á los reincidentes. El buen cura

les espetó entonces el siguiente sermón, que produjo entre ellos tal efecto que todos los trozos de elocuencia sagrada no lo habrían obtenido igual.

“ Vosotros, les decía, sois como mi macho mala cara; (movimiento de atención en el auditorio) á éste cuando hay que ensillarlo, ni el demonio que lo *agarre*; siempre dispara, y es preciso correrlo, enlazarlo, y á veces hasta bolearlo. Pero, ya le tengo, y entonces es de ver su mansedumbre, como una oveja! Mientras está seguro por el cabestro ó las riendas, no hay cuidado con él, pero lo suelto, y entonces, vueita á empezar, adiós mansedumbre, vuelve á las andadas y para atraparlo nuevamente es preciso correr otra vez tras él, enlazarlo ó bolearlo.

Así sois vosotros. (A esta altura del sermón, el auditorio está completamente pendiente de los labios del orador). Venís á la iglesia, os confesáis, hacéis los más serios y al

parecer los más firmes propósitos de enmienda, decís que no volveréis á emborracharos, ni á pelear, ni á hacer nada malo, en fin, y por último recibís la santa comunión; parecéis todos santitos. Pero os vais de la iglesia y adiós los buenos propósitos; volvéis á empezar. ¡Como el macho malacara, pues !

El mismo doctor Cárcano, nos proporciona otro ejemplar de los sermones del P. Brochero. Helo aquí :

“ Pero caramba, amigos míos, que ando afligido. Para esta casa que estamos haciendo, nos hacen mucha falta unos postes y no tengo como traerlos, y si no buscamos como hacer la casa de alguna manera, la obra va á tener que pararse.

Aquí cerquita, en Altautina, en el bajo de esta lomita que es el primero que se divisa, aquí, hombre, en

el campo de esta viudita . . . bah . . . ya me olvidé . . . esta viuda . . . pero como se llama hombre, esta viuda, de aquí de Altautina? . . . pero sí tampoco ninguno de Vds. se acuerda.

—Será la viuda Petrona, pues señor, le responde un paisano, desde la puerta de la capilla.

—Eso es, hombre, la viuda Petrona, si no me podía acordar. Bueno, ahí en el campo de la viuda Petrona, tengo una cantidad de postes con la coyuntura hecha y todo, de manera que no hay más que atarles el lazo y traerlos á la cincha.

Vds. ya han alzado las cosechas, la hacienda está gorda, y antes que arrecie más el invierno, es necesario que me hagan este servicio, porque sino ya les digo, el colegio quien sabe como ande.

Pasen, pues, la palabra á los compañeros que encuentren esta semana, y montados en caballo, mula ó

burro, como quiera que sea, venganse el Domingo para que echemos una manito ”.

Cualquiera que no conozca al P. Brochero, creerá que es solo un pobre cura, dotado de buen sentido, pero desprovisto de instrucción, mas se engañará totalmente. Es ilustrado é inteligente, á más de sencillo y virtuoso; así como desempeña un humilde curato sería capaz de desenvolverse en un cargo mucho más elevado, pero, ay! del amigo que se atreviera á proponerle tal cosa, él sólo quiere ser cura en las sierras.

Seguramente que si estas líneas llegan á manos del P. Brochero lanzará un terno redondo mandando enhora mala al escritorzuelo que se ocupa de su persona, y al doctor Cárcano que lo hizo anteriormente.

El diluvio benaerense.

Nos retirábamos varios amigos de una fiesta nocturna momentos antes de amanecer, y como nos hallábamos á poco camino de la ribera, propúseles fuéramos á contemplar la salida del sol desde la orilla del río: mis compañeros se rieron preguntandome si era poeta; resolví darme ese placer solo y así lo hice.

Pasado algunos minutos me hallaba recostado en la baranda que rodea el Paseo de Julio, con la vista fija en el río; á dos pasos del sitio

que ocupaba, ví sentado en un banco á un anciano vestido modestamente que observaba con insistencia el horizonte; supuse que sería, como yo, amante de la naturaleza y no me ocupé más de él.

Hácia el río notábase una tenue claridad rojiza, y, como formando el marco de un cuadro ovalado, una cadena de oscuras nubes rodeaba la superficie luminosa. Poco á poco los nubarrones fueron iluminándose, y súbitamente apareció un semicírculo rojo que llenó de luz la superficie comprendida, entre el punto fantástico de su aparición y mi persona. Rápidamente aumentó en proporciones aquel foco de luz y en algunos instantes se transformó en una magnífica esfera; miré hácia los lados y aún percibí entre las sombras, los buques y las costas; volví la vista al sol y pude contemplarlo con fijesa; todavía no dañaba.

Un momento después su luz irra-

diaría sobre el inmenso Plata y sus animados contornos; al mismo tiempo que hacía esta reflexión, oí pronunciar con voz grave estas palabras “ahí está”. Volví la cabeza y encontré el anciano de pie con la vista fija en el río; seguí la dirección de su mirada y ví un buque que en la posición que ocupaba, á causa de los efectos de luz, tenía un aspecto extraño; no distinguiéndose claramente sus contornos, parecía una mujer, y semejaba la confusa arboladura su oscuro manto.

Supuse que aquel buen señor esperaba algún barco que creía distinguir en el que en ese momento observávamos y con respetuoso acento le dije :

— ¿Esperáis algo, señor?

— Sí, me contestó, la Santa.

— ¿Así se denomina esa barca? le dije.

— ¡Que barca caballero! respondió casi con enojo ; la Santa que yo es-

pero es aquella á cuya voz marchará el rio sobre nuestra Buenos Aires inundándola.

Quedé sorprendido por la originalidad de aquella respuesta y creí hablar á un loco,

Sin embargo dominando mi temor le dije:

—No sabía, señor, que tan trájico fin estuviera destinado para esta bella tierra, y espero que me cuente Vd. la historia de esa santa que tan mal nos quiere.

—Os la contaré; replicó á fin de que aprendáis á respetar lo ancianidad y la pobreza. Mi madre que duerme en el cementerio de los recoletos fué quien á mi me la refirió. Ha ya muchos años de esto; por entónces no había en Buenos Aires tantos mendigos como hoy; fué por eso notada y hecha popular una mujer que con suma humildad, imploraba de los habitantes un óbolo pequeño con que sufragar sus reducidos

gastos. Un día, algunos chiquillos traviosos dieron en burlarse de ella, y no logrando irritarla con sus bur-las y sandeces, acometiéronla á pe-dradas; aquella mujer huyó en direc-ción al río sin que la banda de pilluelos dejara de perseguirla, y al llegar, á él, arrojóse al párecer de-sesperada, en medio de las toscas, lanzando una maldición sobre la per-seguidora turba; algunos segundos después desapareció entre las aguas.

Los pilletes aquéllos volvieron es-pantados y refirieron con terror el suceso, pero al día siguiente, vióse de nuevo, con asombro general, mendigar por las calles á la apedreada mujer.

Pasados algunos años murió, sien-do reputada santa por su vida desgraciada y las obras de caridad que hacía con la limosna que reco-lectaba. La beatería de la época no hablaba sino con veneración de aquella mujer. Mi padre, señor, fué

uno de los chiquillos que corrieron tras ella, y en tanto vivió no dejó de venir á este sitio á implorar de la santa no hiciera efectiva su maldición mientras que la loza fúnebre no le cubriese y yo sigo la tradición.

—¿Y cuál fué esa profética maldición que tanto os asusta? le dije.

La santa, al lanzarse al río exclamó; “Buenos Aires! Buenos Aires! pereceréis inundada”, y podéis creerme, señor, cada vez que las aguas del riachuelo circulan por bajo las casillas que le rodean, yo tiemblo porque creo llegado el momento de cumplirse la predicción.

—¿Y veis todos los días á la santa? le pregunté.

—Creo que sólo sale del río á amenazarnos, pues no siempre la veo.

Es claro, dije entre dientes, porque no todos los días ocupan los buques la misma posición, y me retiré.

Porqué se corren las velas!

El general Rivera fué derrotado por las fuerzas de Oribe, en la batalla del Arroyo Grande, en la provincia de Entre Ríos, el 6 de Diciembre de 1842, perdiendo toda su infantería, parque y bagajes, dispersándose el resto de sus tropas.

La calidad de aquella caballería, verdaderas hordas nómades, que se desparramaban y luego se reunían oportunamente, con igual facilidad, le permitió continuar la guerra de partidas á que le inclinaban sus instintos rapaces.

Pero no existiendo ya un ejército capaz de contener las tropas regulares del general Oribe, era necesario proveer por otros medios á la defensa de Montevideo, directamente amenazada.

En aquella población no había nada preparado para la resistencia; fué necesario improvisarlo todo.

En medio de la confusión que se apoderó de sus autoridades al tener noticia del contraste sufrido por Rivera, el pensamiento de todos se fijó en el general argentino Don José María Paz que alejado de la lucha, después de su campaña de Corrientes, vivía retirado en esa ciudad.

La fama del soldado de la Independencia y del Brasil, del vencedor de Quiroga y de Echagüe, concentró los votos de la opinión pública en su persona.

Pero, el general Paz conocía ya á Rivera, sabía cuán irregulares eran sus procedimientos, así en la guerra,

como en la política y en todos los actos de su vida; fué sólo cediendo á repetidas instancias que se resolvió á aceptar el cargo, desconfiando siempre de aquel soldado sin disciplina, político desleal y administrador dilapidador.

Encargado del mando militar de la plaza, se empezaron los preparativos de la defensa.

Se procedió á rodear la ciudad de un pozo y de un muro, empleándose en esta última construcción los materiales de las canteras y de los hornos de ladrillos más próximos, los aglomerados en los edificios sin terminar, y también los de algunos cercos que se destruyeron con ese objeto. Luego se arrancaron de las aceras de las calles los viejos cañones que servían de postes, para volverlos á su primitivo uso; se organizaron la maestranza, el parque y la comisaría.

Con la probidad que le distinguía,

acudía á todas las reparticiones que quedaban bajo su dependencia, atendiendo á su mejor servicio, con la mas estricta economía.

Aquel ejército abígarrado, compuesto de hombres de todos los colores y de todas las razas, adquirió en poco tiempo una organización bastante sólida para permitirle efectuar salidas de la plaza y ligeros ataques al enemigo, que habituaban á los soldados al estrépito de los cañones y al silbido de las balas.

Se formaron legiones: italiana, francesa, española, argentina, regimientos de naturales, de negros africanos, y hasta de muchachos de 10 á 12 años con nombre de *guayaquites*.

Tal ha sido la composición del ejército que cubrió los muros de Montevideo, en el llamado Sitio Grande, y mas pomposamente por Dumas, Nueva Troya, en un libro, que el mismo general Mitre, que á

la par de Garibaldi, formó entre aquellos soldados, clasificó de indigno del talento de tan famoso escritor.

La guerra así por la una como por la otra parte, se hacía sin cuartel, y, si Oribe llamaba *salvajes unitarios* á los sitiados, éstos á su vez denominaban á los sitiadores *salteadores armados*, y si Oribe fusilaba ó degollaba prisioneros, el ministro Pacheco y Obes fusilaba por la espalda, considerándolos como traidores á los orientales que servían bajo las órdenes del oriental Oribe.

Pero, volvamos al General Paz, que es á quien se refiere la anécdota que vamos á relatar.

Como en toda ciudad sitiada, no abundaban en Montevideo en aquellos años ni la carne ni otro género de vituallas; se hizo gran consumo de carne salada, lo que produjo la enfermedad conocida por el escorbuto; fueron considerados los gatos como manjar delicado y atrocmente

perseguidos esos dignos guardianes de las despensas; los perros fueron también víctimas de la voracidad de los sitiados, pero se cuenta que aquéllos se vengaron produciendo diversas enfermedades á sus victimarios; los carniceros hicieron su Agosto, vendiendo la carne de los más flacos rocinantes, como buena carne de vaca, lo que dió motivo á un decreto del jefe de policía ordenando que se expusiera en las casas del ramo el *cuarto* entero de la res.

En aquellos días estuvo también en auge el *puchero* de pescado y humildes *bagres* reemplazaron donosamente á los *pucheros de cola y de pecho*; aquellos cocidos distaban mucho por cierto de la antigua y robusta *olla podrida* de nuestros antepasados.

Un día se presentó al general Paz, un ex-oficial, que en tiempos anteriores había servido á sus órdenes, en demanda de un cargo en las filas del

ejército ó un empleo en la administración.

Pero no había vacante ni en una ni en otra parte; sólo enrolándose en las filas podía conseguirse la ración diaria del soldado.

En esos momentos, recordó Paz que el encargado del servicio del alumbrado en las líneas desempeñaba sus tareas con bastante irregularidad y propuso esa ganga al postulante. Una verdadera canongía de veinte patacones.

El encargado de ese servicio recibía un número determinado de velas que debía distribuir y encender oportunamente; pero el que hasta entonces desempeñara la tarea, no conseguía que la iluminación durara sino hasta las doce de la noche, hora en que desaparecía por completo el alumbrado.

El deseo del General, que atribuía lo que sucedía á descuido ó mal servicio, era que durara más la iluminación.

El flamante farolero satisfizo los deseos del General y con gran provecho personal, pues algún tiempo después el mismo Paz se sorprendió del buen aspecto financiero que presentaba la persona de su protegido.

Dado el carácter suspicaz y cavi-
loso del general Paz, aquel prodigio
no podía quedar en el misterio. En
realidad, no podía quejarse de su
subordinado, pues la iluminación du-
raba mucho más tiempo que antes.

Sin embargo, Paz le ordenó con-
currir á su oficina y le exigió cate-
góricamente que le explicara de-
donde sacaba dinero para tantas
misas, pues estaba seguro de que el
sueldo no daba para aquello, y, ó
explicara la procedencia de sus in-
gresos ó sospecharía que andaba en
tratos con los sitiadores, juzgándole
entonces como á traidor.

La acusación era seria en cual-
quier tiempo y mucho más en aquel
entonces, cuando se hallaban frescos

los recuerdos de los fusilados por la espalda como traidores.

El farolero se apresuró pues á decir verdad.

El beneficio extraordinario de su oficio consistia en dejar entreabiertas las puertas de los faroles, de manera que el viento agitara la luz, haciendo que las *velas se corrieran*.

Después recogia el sebo y lo vendía como grasa muy estimada en momentos en que las gentes no podían ser escrupulosas.

— ¿Y cómo hacía entonces, su antecesor, preguntó Paz, para que las velas se apagaran más temprano?

— Señor, mi antecesor realizaba un verdadero fraude pues atravesaba con un pequeño hierro las velas á la mitad de su altura y humedecia entonces la mecha ó pabilo, con agua ; de ahí que las velas se apagaban todas á una misma hora.

Yo solo hago que *se corran las velas*.

— Bien! le dijo el General. Pero tenga cuidado en adelante que *no se corran tanto las velas.*

Esta anécdota ha sido referida anteriormente, en forma distinta, por el señor Gabriel Carrasco, en el periódico "La Ilustración Argentina", año 1882, página 196, quien dice que el general Paz la refería para demostrar *que no hay empleo por humilde que sea que no se preste á abusos.*

Las ocurrencias de un médico.

En el colegio del Uruguay, bajo la sábia dirección del doctor Larroque, se educó toda una generación de argentinos, en su mayoría oriundos de las provincias del interior de la república, á quienes cupo la honra, con el andar del tiempo, de gobernar á la nación.

Entre ellos descolló por su talento y por sus originalidades un distinguido médico.

Con el corazón rebosando de amor, de sentimiento y de poesía, y

con la sonrisa escéptica en el rostro, y la ironía, la sátira en los labios, hizo su carrera paso á paso, siendo el primero en calumniarse, como alguien lo ha dicho con verdad.

Son innumerables sus dichos agudos, sus réplicas oportunas, sus frases satíricas.

Profesor, mientras explica las dificultades que la viabilidad de la ciudad de Buenos Aires presentaba en otra época, manifestando que sólo en globo podía llegarse á ciertos puntos, oye que un estudiante dice que podría irse en la *galera* del profesor (siempre usaba el sombrero de una forma determinada) y replica inmediatamente:

No señor! porque mi galera no admite tontos.

Médico, al penetrar un día en una casa sorprende á una señorita que descuidadamente hacía su tocador, y ante el apresuramiento con que ella cubre el desorden de sus vesti-

dos, la tranquiliza diciéndole al pasar: no se aflija Vd. soy corto de vista.

Entre varios colegas se comenta el carácter de ótro que tan presto cura por la homeopatía como por la alopátia, preguntándose entre ellos en cual de las escuelas médicas habría que inscribirlo.

Veán, dice nuestro médico, el doctor X. es homeópata, es alópata, es hidrópata; como Vds. observaran sólo le falta una pata para ser cuadrúpedo.

Seguramente que un rato después sentiría verdadero dolor por haber lanzado una frase tal, en menoscabo de la reputación de un colega.

Politico, sorprende un día al doctor Leandro N. Alem, acompañado por el general L. V. Mansilla, y con traviesa intención, conociendo las genialidades del primero se agrega á la compañía.

El jefe del partido radical se encontró así, un día paseando las calles

de Buenos Aires, con un general famoso en las lides de la política oficial, cogido de un brazo, y un médico no menos célebre en el mismo terreno del otro.

Con el temperamento nervioso del malogrado Alem, puede cualquiera imaginarse cuán incómoda le sería aquella situación, á pesar de su aprecio personal por ambos caballeros.

El médico que lo notó se propuso mortificarlo prolongando el paseo, pero Alem con uno de esos arranques que le eran propios, se detuvo de improviso, alegando que iba á subir al tranvía.

—Anda, Leandro, díjole entonces el médico, anda ahora á predicarles la regeneración y la moral á esa juventud que acaba de verte salir de nuestros brazos.

En otra ocasión concurrió de visita á casa de uno de sus correligionarios políticos, pero el portero, un asturiano de torpe entendimiento y

dura lengua no acertaba á repetir el nombre inglés de nuestro médico.

Fastidiado éste le dijo en alta voz; avisa que está el que se tragó las obras de salubridad.

Entonces se oyó la voz del dueño de casa, diciendo: que pase!, ;que pase!

Vamos, es preciso convenir, decía después el Doctor, que la mejor recomendación para penetrar en casa de es llamarse tragón.

Pelear como tartamudo

El apellido Roca, que ha adquirido en la época actual gran resonancia, no sólo en la tierra argentina, sino en toda la América y aun en Europa, ha sido esclarecido ya anteriormente por las hazañas militares de D. José Segundo Roca.

Soldado desde sus más tiernos años, participó de las glorias y de las penurias de la expedición libertadora del Perú, llevado por el ínclito general San Martín, en 1820.

Con el grado de Sub-Teniente

empezó Roca esta campaña recibiendo su bautizo de fuego en el combate de Jauja, al que asistió voluntariamente, respondiendo á una invitación de su jefe.

El general Arenales realizaba con éxito su celebrada campaña á las sierras que tanto ha contribuido á su buena reputación militar.

El entonces capitán Lavalle con cuarenta granaderos, fué encargado de proseguir la persecución del enemigo, y se le agregaron los oficiales bien montados y de buena voluntad que aceptaron la indicación del general.

El Teniente Roca con tres oficiales más marchaban de avanzada cuando se descubrieron las fuerzas enemigas, en las proximidades de la Villa de Jauja, durante las primeras horas de la noche.

Una atrevida carga de los granaderos puso en pocos momentos en completa dispersión al enemigo en

número seiscientos hombres, dejando entre muertos y heridos un número casi igual al de los asaltantes.

¡ Buena siega habían efectuado con sus afilados sables !

En la vigorosa acometida cayó el caballo del Teniente Roca apretando á su caballero.

En medio de la confusión del ataque un granadero patriota desconoció al teniente, atropellándolo sable en mano. En vano le daba la voz, *San Martín*, que era la contraseña del día, el granadero enceguecido nada escuchaba y el pobre oficial se veía en grandes apuros, con una pierna apretada por el bruto, para desviar los golpes de su engañado asaltante.

Felizmente Lavalle que se apercibió del suceso llegó á tiempo de salvar al benemérito Roca, sacando de su error al soldado.

El joven teniente era algo tartamudo, pero en aquellos aprietos, su

lengua se halló sin duda tan expedita como su brazo.

Poco después asistió al combate de Pasco y más tarde formando parte del batallón cazadores á caballo del Perú, con grado de capitán á la batalla de Pichincha.

En la mañana de este día, 24 de Mayo de 1822, tuvo lugar el incidente que pasamos á referir, el cual ha sido recogido de los labios del coronel Torrico, compañero de Roca, por la distinguida escritora argentina doña Juana M. Gorriti.

El capitán Roca había pedido autorización para combatir de su cuenta con su escuadrón de cazadores á caballo, y ésta demanda acaso había irritado la susceptibilidad de algunos compañeros que veían en ella un acto de jactancia.

Poco antes de empezar la batalla se le acercó el comandante Magariños, que á un valor reconocido unió otra cualidad menos apreciable; era un burlón insigne.

Capitán, le dijo, el Coronel no se satisface con darle á Vd. permiso para pelear *de su cuenta*, sino que añade el requisito de que deberá Vd. pelear por dos, como tartamudo que es.

Digalé Vd., mi comandante, que pelearé por tres como corrector de insolentes (1).

Y aplicó tres soberbios bofetones en las mejillas del desprevenido comandante.

Antes que aquel echara mano á la espada, le dijo con tono tranquilo:

Mi comandante, ahora no me pertenezco, pero después de esta jornada estaré á sus órdenes.

Cuando después de la jornada fué el capitán á ponerse á las órdenes del ofendido comandante, éste que había admirado su valerosa conducta en las horas de la prueba, le

(1) Partida. J. M. Gorria.

dió un abrazó, olvidando lo sucedido.

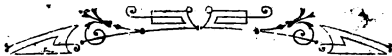
Roca hizo la campaña á Puertos Intermedios, se halló en numerosos encuentros en las batallas de Zepita y de Junín, no concurriendo á la de Ayacucho por encontrarse enfermo; fué edecán de los generales Lamar y Sucre; de regreso á la patria en 1826, hizo la campaña del Brazil, siendo ayudante del general Lucio Mansilla y después del general Alvear; tomó participación en las guerras civiles que sucedieron y murió de enfermedad, pero en el puesto del deber, como jefe de la cuarta división del 1^{er} cuerpo de ejército, al empezar la campaña del Paraguay.

A los setenta y cinco años de edad se sentía con fuerzas suficientes para servir á la patria y conquistar las palmas de general que por más de un título le correspondían.

1907
BIBLIOTECA
NACIONAL
1907

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS.</u>
I. Los mates de Pacheco.	5
II. Pulperos y cuatrerros	11
III. Mentís diplomático	17
IV. La sordera de Doña Agustina.	21
V. Las consultas del Doctor.	25
VI. Narices unitarias.	29
VII. Los que no leen	37
VIII. El Clarín de Brandzen	39
IX. Ni por las tapas.	49
X. Las vidalitas de Lamadrid.	55
XI. Los sermones del P. Brochero.	63
XII. El Diluvio Bonaerense	75
XIII. Porque se corren las velas!	81
XIV. Las ocurrencias de un médico.	91
XV. Pelear como tartamudo	97



IMP. CASTEX Y HALLIBURTON, Belgrano, 650

